

Ignasi Salvat i Ferrer, sj.

ENCARNACIÓN Y MISIÓN

La Contemplación de la Encarnación presenta dos aspectos fundamentales del mensaje cristológico de los Ejercicios de S. Ignacio: la misión y la encarnación del Hijo de Dios. Serán los dos aspectos centrales de esta reflexión, completada con las aportaciones de otros puntos fundamentales de los Ejercicios y de varios documentos ignacianos.

El presente Cuaderno, junto con otro que estamos preparando de J. I. González Faus y Darío Mollá, recoge las tres ponencias de la Semana de Espiritualidad Ignaciana de Alaquás (Valencia), Pascua 1996, titulado "Hagamos redención del género humano".

Primera parte: "Hagamos redención del género humano"

1. Primer punto: "Hagamos"
2. Segundo punto: "El género humano"
3. Tercer punto: La misión de Cristo
4. Cuarto punto: La vocación cristiana laica, según Ignacio de Loyola
5. Quinto punto: La vocación a la CVX

Segunda parte: Servir en misión a un mundo necesitado de salvación

1. Primer punto: La vida como servicio
2. Segundo punto: El servicio a Cristo, el enviado
3. Tercer punto: Servir en misión universal pide "Discernimiento"
4. Cuarto punto: Un cuerpo para la misión universal

PRIMERA PARTE:

"HAGAMOS REDENCIÓN DEL GÉNERO HUMANO"

Esta expresión, con la que Ignacio presenta la decisión de Dios, que quiere salvar el mundo, constituye el centro del estudio de esta primera parte. Dejando para otro cuaderno el estudio de lo que significa para Ignacio el término "redención", voy a centrarme ahora en dos puntos: primero, el "hagamos", como expresión de la decisión de Dios y, segundo, el "género humano", como destinatario de dicha decisión.

1. PRIMER PUNTO: "HAGAMOS"

Ignacio de Loyola, en sus Ejercicios Espirituales, estructura la primera Contemplación de la segunda semana, siguiendo un esquema muy claro: tres preámbulos (traer la historia, ver el lugar, demandar lo que quiero), tres puntos y un coloquio final. Este esquema lo aplicará después a todas las contemplaciones de los misterios de la vida de Jesús. Ahora nos interesa detenernos en los contenidos de la contemplación que vienen dados por los tres puntos: el primero, ver las personas; el segundo, oír lo que hablan y, el tercero, mirar lo que hacen.

El primer punto de la Contemplación de la Encarnación nos hace ver las personas en tres cuadros que se van a repetir en los puntos segundo y tercero.

En el primer cuadro vemos las personas "de la haz de la tierra, en tanta diversidad". En el segundo cuadro vemos "las tres personas divinas cómo miran toda la haz y redondez de la tierra y todas las gentes" y en el tercero vemos "a Nuestra Señora y al ángel que la saluda". Detengámonos en el segundo cuadro.

En él se nos presenta una actitud fundamental del quehacer de Dios en la historia de la Humanidad. Ignacio, en un juego con los verbos "ver" y "mirar", nos hace "ver" cómo la Trinidad "mira toda la tierra y todas las gentes".

Antes de que podamos escuchar las palabras que expresan la decisión salvadora de Dios-Trinidad, "hagamos redención", Ignacio quiere hacernos caer en la cuenta de que en la historia de la salvación, la decisión salvífica del Señor nace del amor profundo con que Dios sigue, "mira", nuestra historia humana. Que las personas de la Trinidad "miren toda la tierra y todas las gentes" no es producto de la imaginación de Ignacio.

Aunque esta presentación del primer punto ignaciano sea muy antropomórfica, es importante notar cómo está enraizada en la experiencia bíblica del Pueblo de Israel, en concreto en lo que nos narran los primeros capítulos del libro del Éxodo.

La narración del capítulo tercero es la que constituye la inspiración del texto de los Ejercicios. Dios sale al encuentro de Moisés cuando éste se encuentra en el Sinaí apacentando sus ovejas. Las palabras son profundamente expresivas de la actitud del Señor que se interesa por su pueblo:

"Dijo Jahvéh: Bien vista tengo la aflicción de mi pueblo en Egipto, y he escuchado el clamor que le arrancan sus capataces; pues ya conozco sus sufrimientos. He bajado para librarlo de la mano de los egipcios y para subirlo de esta tierra, a una tierra que mana leche y miel...

Así pues, el clamor de los hijos de Israel ha llegado hasta mí y he visto además la opresión con que los egipcios los oprimen. Ahora, pues, ve; yo te envío a Faraón para que saques a mi pueblo, los hijos de Israel, de Egipto" (Ex 3,7-10).

Tres son los puntos fundamentales que inspiran a Ignacio. Primero, la "mirada" del Señor sobre su pueblo que padece "opresión". Segundo, la decisión de liberación que hace a Dios presente en la historia: "he bajado para liberarlo" y, tercero, la mediación de Moisés que recibe la misión de liberar al pueblo: "ve, yo te envío para que saques a mi pueblo".

1.1. La mirada de Dios

El punto de partida de la intervención libertadora de Jahvéh es el "ver" la situación de "aflicción" de su pueblo y "escuchar" el clamor que le arrancan los capataces. Esta mirada, por tanto, se hace desde la misericordia que nace del "recuerdo de la Alianza" que Jahvéh juró a los "padres" de Israel, como subrayará el capítulo sexto.

Así nacerá un "juicio" sobre esta situación: es una situación de "opresión", de insolidaridad. Y de aquí, la decisión que toma el Señor: "actuar" para liberar al pueblo oprimido.

Así vio Ignacio la "historia" de la decisión de Dios en la plenitud de los tiempos. Dios, al ver la situación de la humanidad, decide desde sus entrañas de misericordia: "hagamos redención del género humano".

Muchos años más tarde, siguiendo este mismo proceso, muchos movimientos eclesiales estructurarán la revisión de la vida con un método que tiene tres momentos sucesivos: ver, juzgar y actuar. Y este método se ha mostrado tan útil que ha sido incorporado a la enseñanza social de la Iglesia en la Encíclica "Mater et Magistra" de Juan XXIII. Es una llamada al creyente para que su fe se haga praxis. Praxis de justicia, nacida de la misericordia.

1.2. La iniciativa de Dios

La mirada y la escucha de Dios provocan su intervención libertadora. Pero, además, el libro del Éxodo quiere subrayar cómo esta intervención de Dios nace por su iniciativa, "el Dios de nuestros padres nos ha salido al encuentro, se nos ha aparecido". Una aparición que viene motivada por el deseo del Señor de mantenerse fiel a la Promesa que hizo a los antepasados y que, también ella, fue iniciativa suya.

Una actitud semejante la muestra el Génesis cuando presenta a Dios reaccionando ante la muerte de Abel. La sangre del hermano asesinado se convierte en un clamor ante el Señor y le hace intervenir para "protestar" contra la injusticia y para reparar el mal realizado.

El Dios de la creación sigue presente en la historia del mundo e interviene en ella para enseñar a la humanidad cómo debe proceder en justicia y solidaridad, para conseguir la paz y la felicidad. Con todo, a la persona humana le cuesta reconocer a este Dios presente. Y la historia muestra cómo este reconocimiento solamente suele hacerse a posteriori, es decir, cuando la obra de la salvación realizada por el Señor es reconocida en la experiencia interior de quien la ha vivido.

Los Ejercicios (EE), en la contemplación final "para alcanzar amor" nos harán buscar el reconocimiento de este Dios que "trabaja y labora por mí en todas cosas criadas sobre la haz de la tierra". Con esto se enlaza en profundidad con el texto del "Principio y Fundamento", en el que el ejercitante se enfrenta al misterio de Dios Creador:

"el hombre es creado... y las otras cosas sobre la haz de la tierra son creadas para el hombre y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado" (EE 23).

1.3. Iniciativa del amor

Para profundizar en la enseñanza que nos da la iniciativa de Dios, hemos de entrar a analizar los motivos por los cuales Él ha actuado. El libro del Éxodo presenta la intervención libertadora de Jahvéh en el contexto de la fidelidad a la Promesa hecha a Abraham, Isaac y Jacob. Más aún, esta iniciativa del Señor se complementa con el ofrecimiento de la Alianza, que significará el paso del dominio del señor que esclaviza a una nueva situación: la de ser el Pueblo del Señor que da la libertad.

El Antiguo Testamento explicita en muchos textos que el obrar de Jahvéh está motivado por el amor a su pueblo. Oseas canta este amor de Jahvéh por su pueblo en dos capítulos preciosos, el segundo y el once, donde el fidelidad inquebrantable del amor se hace ternura, perdón, misericordia y, finalmente, alianza. En la misma línea están Isaías, 5 y 9, y Ezequiel, 16, por citar algunos de los textos más significativos en que se ponen en contraste el amor fiel del Señor y la infidelidad de su pueblo.

Pero, es en el Nuevo Testamento donde aparece con toda claridad la fuerza ilimitada del amor de Dios. Y son los escritos de Juan y de Pablo donde mejor se refleja la reflexión cristiana sobre el tema.

El texto definitivo lo constituye la declaración del capítulo tercero del Evangelio:

"Porque tanto amó Dios al mundo que dio su Hijo único para que todo el que crea en Él no perezca sino que tenga vida eterna. Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él"(Jn 3,16-17).

Por su parte, Pablo recuerda en la carta a los Romanos que la misericordia de Dios se hace más patente precisamente porque Él actuó cuando "nosotros aún éramos pecadores":

"la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros"(Ro 5,8).

Esta visión paulina de la obra de la salvación inspira la presentación que Ignacio hace de dicha obra. Según Ignacio, cuando Dios mira el mundo, ve en él mucho pecado y por eso decide "hagamos redención". Este amor de Dios es que el que provoca el himno con que Pablo concluye el capítulo octavo de su carta a los Romanos, en el que afirma:

"ninguna criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro"(Ro 8,39).

Y la misma experiencia llevará a Juan a formularlo de otra forma, con una síntesis insuperable:

"Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de Él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo" (1 Jn 4,8-10).

Él nos amó "primero", concretará la carta un poco más adelante, en el versículo 19, y nos amó entregando a su Hijo. En una síntesis apretada, uno de los documentos últimos del Nuevo Testamento nos recuerda que iniciativa y entrega son las dos características más profundas del amor.

2. SEGUNDO PUNTO: "EL GÉNERO HUMANO"

Uno de los elementos más repetidos en los Ejercicios y que corrigen una visión puramente individualista de la experiencia que Ignacio nos propone, es la dimensión universal de la intención salvadora de la Santísima Trinidad.

El vocabulario de la contemplación de la Encarnación, al igual que el de los dos Ejercicios fundamentales de segunda semana, El Rey y las Dos Banderas, nos insiste constantemente en la dimensión universal expresada por la palabra "*todo*" o por otras semejantes. Veámoslo en los diferentes ejercicios concretos.

En el ejercicio de "El llamamiento del Rey temporal" nos aparecen varias expresiones que subrayan inequívocamente la voluntad salvífica universal de Dios para: "todos hombres cristianos" (EE 92); "todo el mundo"; "toda la tierra de infieles"; "todo el universo mundo"; "a cada uno en particular"; "conquistar todo el mundo y todos los enemigos" (EE 95).

Igualmente, en la contemplación de la Encarnación que estamos comentando, se nos habla de la mirada de Dios sobre "toda la planicie y redondez de la tierra"; "todo el mundo"; "todos descendían al infierno", para concluir con la decisión de "salvar al género humano" con un "hagamos redención del género humano" (EE 102 y 107).

Finalmente, en la meditación de las Dos Banderas se insiste también, con formas diferentes, en la universalidad de la salvación: "quiere a todos debajo de su bandera" (EE 137); "Señor de todo el mundo"; "los envía por todo el mundo"; "por todos estados y condiciones de personas" (EE, 145); "que a todos quieran ayudar" (EE 146).

La universalidad de la salvación viene marcada inicialmente por los factores geográficos: "toda la planicie y redondez de la tierra". Así, cuando Ignacio, después de su experiencia religiosa en Manresa, debe decidir dónde "ayudar a las ánimas", el lugar que escogerá será Jerusalén, la ciudad donde murió Jesús, una ciudad que tiene una resonancia universal para toda la cristiandad que la escoge como lugar prioritario de peregrinación.

Más adelante, cuando Ignacio prepare el documento fundacional de la Compañía de Jesús, esta universalidad geográfica se ampliará a la universalidad de objetivos y medios en la misión apostólica de la nueva Orden.

3. TERCER PUNTO: LA MISIÓN DE CRISTO

Hablaremos frecuentemente de la misión de Cristo. De hecho, en el evangelio de Juan, Jesús se presenta como "el enviado del Padre". Por eso es conveniente aclarar los dos sentidos principales que tiene su misión.

Primer punto: "misión" significa el acto de enviar a alguien con algún objetivo. La misión de Cristo significa el acto por el cual Dios envía a su Hijo al mundo porque, como comenta el Evangelio de Juan que hemos visto, "Dios amó tanto al mundo que le entregó a su Hijo único..."(Jn 3,16).

Segundo punto: "misión" significa también el objetivo para el cual uno es enviado: "para que el mundo se salve por Él" (Jn 3,17). Toda la vida de Cristo es la realización de esta misión.

La decisión salvadora de la Trinidad, después de mirar el mundo que se pierde, "hagamos redención del género humano", se concreta en enviar al Hijo como la Palabra definitiva del Creador en la historia de la humanidad. En Él, misión y encarnación coinciden.

3.1. La misión de Cristo, misión universal

El objetivo de esta misión está más claramente definida en el Ejercicio que da "principio y fundamento" a toda la segunda semana, la contemplación de la vida verdadera del "Rey Eternal". En este ejercicio se trata de escuchar la llamada que Jesucristo hace "a todo el universo mundo y a cada uno", para que le acompañen en su misión redentora, definida así: "mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos" (EE 95).

Aquí la voluntad salvífica de Cristo tiene un sentido histórico, "todo el mundo", y un sentido espiritual, "todos los enemigos" . Este sentido espiritual está inspirado por la visión del fin de la historia que Pablo presenta en su primera carta a los Corintios: "Luego, el fin, cuando Cristo entregue a Dios Padre el Reino, después de haber destruido todo Principado, Dominación y Potestad... El último enemigo vencido será la muerte" (1 Co 15, 24-26).

Como comenta la Biblia de Jerusalén, será el final de todos los poderes hostiles al Reino de Dios, en referencia al mal que debemos descubrir también en las estructuras y no sólo en los individuos.

El Evangelio de Lucas contempla también la misión de Jesús al comienzo de su vida pública en un texto que resume los objetivos fundamentales de esta misión. En la sinagoga de Nazaret, Jesús lee la profecía de Isaías y afirma que se ha cumplido en Él:

"El Espíritu del Señor reposa sobre mí, porque me ha ungido.
Me ha enviado a traer la Buena Nueva a los pobres,
a proclamar a los cautivos la libertad y
a los ciegos que recobren la vista,
a poner en libertad a los oprimidos
a proclamar el año de gracia del Señor" (Lc 4, 18-19).

Jesús es "El Enviado" y el objetivo de su misión queda claramente definido con unas finalidades de liberación tanto material como espiritual. Pero, quisiera subrayar cómo el sentido de esta misión es también el de presentar un proyecto que se desarrolla a lo largo de la vida tanto de Jesús mismo, como de los creyentes en Él, a lo largo de la historia de la humanidad.

3.2. Hoy, "nuevamente encarnado"

Por eso, Ignacio que cree en el sentido profundo de la resurrección de Cristo para nosotros "hoy", recordará al ejercitante, al concluir la contemplación de la Encarnación, que el Verbo, la Palabra, de Dios, que es eterna, se hace carne a lo largo de la historia y por eso se encarna "nuevamente" (EE 109) en la contemplación vivida por el ejercitante.

Cristo se encarna hoy nuevamente, tanto en la experiencia religiosa del que le encuentra en las contemplaciones de los Ejercicios, como en la experiencia del encuentro con el hermano que sufre o es perseguido.

Esta segunda experiencia es la que el Señor hizo comprender a Pablo cuando perseguía a los cristianos y le iluminó con su palabra: "yo soy Jesús a quien tú persigues" (Hch 9,5).

3.3. "Seguir e imitar"

La contemplación de la Encarnación se encuentra encuadrada entre dos peticiones muy semejantes, cada una de las cuales contiene una especificidad propia.

Veamos primero la petición con que se introduce toda la contemplación para mostrar, desde su comienzo, cuál es el objetivo que en ella se persigue:

"Demandar lo que quiero: será aquí demandar conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga" (EE 104).

Llama la atención la *nota* que sigue inmediatamente en la que se dice que esta misma petición se ha de hacer en esta semana y en las otras siguientes. Es que se trata del objetivo fundamental de estas tres semanas: conocer más profundamente al Señor que por mí se ha hecho hombre, para que de este amor personalizado nazca un mayor amor en el ejercitante que le lleve al seguimiento de Jesús: "el que me sirva que me siga" (Jn 12,26).

Pero, por otra parte, en el coloquio final de la contemplación de la Encarnación, mencionado hace poco, esta misma finalidad se presenta con un matiz nuevo. Dice así el texto de los Ejercicios:

"En fin, hase de hacer un coloquio, pensando en lo que debo hablar a las tres Personas divinas, o al Verbo eterno encarnado, o a la Madre y Señora nuestra, pidiendo según en si sintiere, para más seguir e imitar al Señor nuestro, así nuevamente encarnado, diciendo un Padre nuestro" (EE 109).

El matiz nuevo viene dado por la palabra "imitar". A lo largo de las contemplaciones de la vida, pasión y resurrección de Jesús y, especialmente, en las meditaciones de las Dos Banderas y de los Binarios y en las Tres maneras de Humildad, los Ejercicios pedirán explícitamente la "imitación de Cristo" en la pobreza y en las humillaciones que vivió el Señor.

Todo comienza en la contemplación de la "vida del rey eterno", en la que Ignacio propone al ejercitante hacer un coloquio para mostrar su voluntad de estar entre aquellos "que más se querrán afectar y señalar en todo servicio de su rey eterno y señor universal" (EE 97):

"Eterno Señor de todas las cosas, yo hago mi oblación con vuestro favor y ayuda... que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada, sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de *imitaros* en pasar todas injurias y todo vituperio y toda

pobreza, así actual como espiritual, queriéndome vuestra santísima majestad elegir y recibir en tal vida y estado" (EE 98).

La imitación de Cristo no es una decisión voluntarista, sino una determinación profundizada con un discernimiento que busca la realización del "mayor servicio y alabanza". Este discernimiento hará ver y sentir que el Señor quiere "elegir y recibir en tal vida y estado".

Con todo, no se ha de creer que Ignacio piense que estas opciones quedan reservadas a quienes opten por una vida de entrega radical como es la vida religiosa. Los Ejercicios las ofrecen a todos, laicos y religiosos, ya que la cotidianidad de la vida ofrece constantemente pequeñas –y, a veces, grandes– oportunidades de seguir a Jesús en pobreza y humillaciones concretas.

3.4. El espíritu del "Más"

Ya desde el "Principio y Fundamento", los Ejercicios proponen al ejercitante que se introduzca en aquel espíritu, en aquella actitud, que para Ignacio era fundamental: "solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos creados" (EE 23).

Todos los primeros compañeros de Ignacio subrayan en sus respectivas memorias cómo fue característica de Iñigo de Loyola la generosidad, que encuentra en la palabra *más* su expresión adecuada. Comprendiendo así, en profundidad a Ignacio, se entiende porque, después de contemplar la llamada de Cristo "a todo el mundo y a cada uno", pone dos niveles de respuesta.

El primero presenta la respuesta de la normalidad. Basta tener "juicio y razón" para ofrecer la persona al trabajo. Pero esta respuesta, propia de la sensatez, viene completada por la que corresponde a la generosidad y que se expresa en el coloquio "Eterno Señor", que acabo de mencionar.

Es importante recordar cómo se introduce este coloquio, ya que toda la motivación viene impulsada por el "espíritu del más" que se expresa en términos concretos muy explícitos, como subrayo a continuación:

"los que más se querrán afectar y señalar en todo servicio de su rey eterno y señor universal, no solamente ofrecerán sus personas al trabajo, más aun haciendo contra su propia sensualidad y contra su amor carnal y mundano, harán oblaciones de mayor estima y mayor momento" (EE 97).

Toda esta actitud nace de un amor apasionado a Jesucristo. Aquel amor que llamó tanto la atención en Montserrat cuando Iñigo peregrino accedió al monasterio que provocó en uno de los monjes este comentario para el proceso de beatificación de Ignacio: "aquel peregrino era loco por nuestro Señor Jesucristo" (Fontes Narrativi III, 205).

Este es el motor de la generosidad de Ignacio, de su búsqueda constante del "mayor servicio". Y, como conclusión, lo expresa la tercera manera de humildad que explica Ignacio en los Ejercicios y que unos apuntes del Dr. Ortiz, ejercitante de Ignacio en Monte Casino, con profundo sentido teológico, califica como "manera y grado de amor de Dios". Este es el texto:

"por imitar y parecer más actualmente a Cristo nuestro Señor, quiero y elijo más pobreza con Cristo pobre que riqueza, oprobios con Cristo lleno dellos que honores, y desear más de ser estimado por vano y loco por Cristo, que primero fue tenido por tal, que por sabio ni prudente en este mundo"(EE 167).

Finalmente, quiero observar que esta opción se toma en función de una mayor y mejor imitación actual del Jesús histórico que ahora es el Cristo resucitado. No opta tanto por "la pobreza" como por "Cristo pobre". Con esta concreción Ignacio da rostro humano a la pobreza y a la humillación y prepara el reconocimiento de esta identificación con Cristo, también con los pobres y humillados de nuestro mundo.

Es la línea que subrayan los Hechos de los Apóstoles en la conversión de san Pablo. Jesús se identifica con los perseguidos por el futuro apóstol y le recuerda que "Yo soy Jesús a quien tú persigues" (Hech 9,5).

4. CUARTO PUNTO: LA VOCACIÓN CRISTIANA LAICAL, SEGÚN IGNACIO DE LOYOLA

Iñigo de Loyola llega a Manresa, camino de Barcelona, camino de Jerusalén. Es un peregrino laico, con la cultura y formación cristianas propias de un tiempo de cristiandad. Es el convertido que se ha entregado a Dios y busca realizar "aquellas hazañas que había visto realizaban los santos", inspirado por los hazañas que describen los libros de caballerías de los que era "muy aficionado".

La primera imitación de "aquellos caballeros modelos" fue la vela de sus armas en Montserrat, precisamente "la vigilia de la fiesta de nuestra Señora de Marzo" que conmemora la Anunciación del ángel a María y la Encarnación del Hijo de Dios. Semanas más tarde, en Manresa, en la estructura de la experiencia de los Ejercicios de la segunda semana, la contemplación de este misterio va a ocupar un sitio fundamental.

Como hemos visto más arriba, esta contemplación complementa el ejercicio del Rey y, a su vez, es completada por las meditaciones de Dos Banderas, de los Binarios y por la consideración de las Tres maneras de Humildad.

Este es el núcleo fundamental de la experiencia del Ignacio laico que vivió en Manresa y ésta es la que ofrece a quienes quieren hacer los ejercicios.

Será el discernimiento personal, del que hablaré más adelante, lo que llevará a cada uno y cada una a buscar y encontrar la "voluntad de Dios en la disposición de su vida".

De aquí que la vocación ignaciana al seguimiento e imitación de Cristo, podrá realizarse de formas diversas a partir de una base común. Y así lo encontramos en la realidad actual de la Iglesia: en las congregaciones religiosas femeninas de inspiración ignaciana, en la vida de sacerdotes y laicos o laicas, y en la vida de quienes se comprometen en el camino de la Comunidad de Vida Cristiana, (CVX), de la que hablo a continuación.

5. QUINTO PUNTO: LA VOCACIÓN A LA CVX

Un poco de historia. Ya en tiempo de S. Ignacio muchas de las personas que hacían Ejercicios espirituales, sea el mes completo en completo retiro, sea en la vida ordinaria, sea en fórmulas más abreviadas, continuaban en contacto con quienes les habían dirigido en aquella experiencia e iban formando pequeños grupos o, como se decía entonces, pequeñas "compañías".

En Roma, el jesuita belga Jean Leunis inicia una asociación religiosa que, puesta bajo la protección de María, se denominará "Congregación Mariana". En 1584, Gregorio XIII la erige canónicamente, con lo cual promueve su expansión por todo el mundo, con la presencia y acompañamiento de muchos jesuitas y sacerdotes diocesanos.

En 1968, la Federación mundial de las Congregaciones Marianas cambia su estructura jurídica y se transforma en Federación de Comunidades de Vida Cristiana. El cambio fundamental consistió en que las Comunidades pasaban de una Dirección llevada por los sacerdotes a una dirección llevada por los laicos, mientras que los sacerdotes seguían como consiliarios o asistentes, es decir, con un papel importante pero ceñido al acompañamiento y a la asesoría para el discernimiento.

La eclesiología del Vaticano II, al llamar a los laicos a asumir toda su responsabilidad en el interior de la Iglesia y en la misión cara al mundo fue la que motivó este cambio tan trascendental.

Aquel cambio impulsó una fuerte dinámica de seguimiento de las líneas de fondo conciliares y así llevó, al cabo de pocos años, en 1990, a una segunda transformación tan radical como la primera. La Federación de Comunidades se transformó en Comunidad de Vida Cristiana-Mundial, es decir, en una única comunidad que uniese en una misma misión en el mundo y en la Iglesia a todos sus miembros.

La Comunidad pide y ofrece un proceso de formación progresiva para que sus miembros vayan profundizando no sólo la experiencia de la espiritualidad ignaciana, sino, sobre todo, sus consecuencias de discernimiento vocacional y discernimiento apostólico.

Los Ejercicios ignacianos constituyen la experiencia base para la pertenencia a la CVX. Y cuando esta experiencia puede hacerse a fondo, comporta asumir la llamada personal de Cristo y el seguimiento e imitación de Aquel que se encarna para la misión de hacer "redención del género humano".

Estos compromisos, ayudados por las meditaciones de discernimiento (Banderas y Binarios) y por la metodología para hacer una buena elección, conducen al ejercitante a elegir su vocación concreta: vida religiosa, vida laical, vida sacerdotal o vida laical en la CVX.

Y si el proceso CVX se consolida, cosa que ahora se significa con un primer compromiso temporal, la persona pasa a otro discernimiento más concreto, el de su campo de misión o acción apostólica. Discernida la misión, se procede a la renovación del compromiso pero, esta vez, para un futuro permanente.

Es evidente que cada persona tiene un proceso personal e intransferible y, por tanto, las dos etapas antes descritas pueden realizarse en más o menos tiempo y con una o más experiencias de ejercicios. Lo importante es poner las bases en cada miembro de la CVX para que sea progresivamente ignaciano y forme así comunidad mundial, como en su camino la formó Ignacio

con sus compañeros fundando la Compañía de Jesús o como de una forma única la constituye la Iglesia universal.

SEGUNDA PARTE:

SERVIR EN MISIÓN A UN MUNDO NECESITADO DE SALVACIÓN

Después de un primera parte , dedicada a profundizar el sentido de las palabras "*hagamos redención del género humano*", veamos las consecuencias que la contemplación de la encarnación comporta para quien hace los Ejercicios.

Estas consecuencias las sintetizo en la expresión que titula esta segunda parte: "servir en misión a un mundo necesitado de salvación".

También aquí hemos de partir de una mirada profunda sobre el mundo, a semejanza de la mirada de la Trinidad que Ignacio nos ha presentado como el inicio de toda la obra redentora de Dios.

El ejercitante que, durante la primera semana de los ejercicios, se ha visto pecador y necesitado de salvación, ha sentido también la presencia del mundo en su vida y ha compartido la convicción de Ignacio de que todo el género humano necesita redención.

Es a partir de esta experiencia, como el ejercitante se siente llamado por Cristo y se ofrece a un compromiso de "mayor estima y mayor momento", cuando se quiere "afectar y señalar en todo servicio de su rey eterno y Señor universal" (EE 96).

1. PRIMER PUNTO: LA VIDA COMO SERVICIO

Iñigo de Loyola fue un hombre educado para el "servicio" del Rey. Desde los dieciséis años estuvo al servicio del Contable Mayor de los Reyes Católicos, Juan Velázquez de Cuéllar y, en 1517, a los veintiséis años, pasó como "gentilhombre" al servicio del Duque de Nájera. Así le cogerá la defensa de la fortaleza de Pamplona en 1522.

Iñigo, pues, fue un hombre-para-el servicio, tal como pedía la cultura de la España de su época. Con esta mentalidad Ignacio comenta en su Autobiografía (nº 6) que, durante su convalecencia en Loyola para reponerse de la herida sufrida en la defensa de Pamplona, la cosa que "tenía poseído su corazón" era el imaginar "lo que había de hacer *en servicio* de una señora".

Por eso no es de extrañar que, como he comentado, cuando llega a Montserrat pase una noche velando las armas que va a entregar al Monasterio, como signo de la nueva etapa que debe comenzar al servicio de su nuevo Señor, Jesucristo. No necesitaba sus estudios de teología para llegar a la conclusión que afirma en el Principio y Fundamento de los Ejercicios como transferencia de su ideal humano a la nueva vida entregada a Dios: "El hombre es creado para... *servir a Dios*"(EE 23).

El P. Jerónimo Nadal, uno de los compañeros que mejor le conoció afirma esta "transferencia" de cultura al describir la manera como él vio a Ignacio en el servicio a Dios:

"Así como en el século tenía ánimo de grandes cosas, así dándose al *servicio de Dios* no se contentaba con poco, sino juntamente deseaba y procuraba como más le pudiera agradar en todo y con toda perfección"

y completa diciendo que quería "*servir* a Nuestro Señor con aquel ánimo generoso que tenía y

hacer lo que más pudiese por su amor y su mayor honra y gloria" (FN II,186).

Cuando se cierran los Ejercicios, en la "Contemplación para alcanzar amor", la espiritualidad del servicio será la expresión de Ignacio para poder agradecer al Señor el amor que de Él ha recibido. Por eso, pedirá como fruto de esta contemplación y, en definitiva, de toda la experiencia de los Ejercicios que "yo enteramente reconociendo tanto bien recibido pueda en todo amar y servir a su divina Majestad" (EE 233).

2. SEGUNDO PUNTO: EL SERVICIO A CRISTO, EL ENVIADO

Como hemos visto en la primera parte (3. y 3.1), durante la contemplación de la llamada que Cristo nuestro Señor hace "a todo el mundo y a cada uno" para que le ayuden en su misión de "conquistar todo el mundo y todos los enemigos", Ignacio provoca a quien hace los Ejercicios a sumarse al número de los que "más se querrán afectar y señalar *en todo servicio* de su rey eterno y señor universal" (EE 97)

Por su parte, la contemplación de la Encarnación tiene como objetivo profundizar en el conocimiento de Cristo, para así amarle más y, en definitiva, seguirle más. Pero, precisamente nos presenta el Cristo como "*El Enviado*" para realizar la "redención del género humano".

Por eso, uniendo el fruto de ambos ejercicios, Rey y Encarnación, Ignacio se siente llamado al servicio de Cristo, enviado en misión salvadora universal.

Esta llamada más concreta, Ignacio la ve también realizada en la llamada y misión de los apóstoles que, como veremos más adelante, se hace para él la misión ejemplar que debe seguir e imitar. Vamos a profundizar la especificidad ignaciana del servir a Cristo en su misión, que es una misión universal.

2.1. Especificidad del servicio ignaciano: "En pobreza y humildad"

Ya hemos visto como Ignacio afirma que "los que más se querrán afectar y señalar en todo servicio de su rey eterno" no solamente han de ofrecer sus personas al trabajo sino, además, "harán oblationes de mayor estima", comprometiéndose en imitar a Cristo:

"en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza así actual como espiritual"(EE 98).

Cuando el seguimiento de Cristo parecía centrado en "conquistar todo el mundo y todos los enemigos", Ignacio, enseñado por su propia experiencia personal, hace entrar al ejercitante en la difícil "conquista" de sí mismo y así le recuerda que seguir a Cristo no es sólo acción sino transformación interior, para poder aceptar todo tipo de dificultades que la vida presenta al cristiano y, más aún, a quien quiere ser radicalmente fiel al Evangelio.

Para profundizar mejor en estas dos características, los Ejercicios proponen la meditación de las Dos Banderas, una meditación que puede considerarse como una síntesis ignaciana del mensaje de las Bienaventuranzas. El objetivo de esta meditación, tal como se expresa en la petición que en ella se propone, busca obtener:

"conocimiento de la vida verdadera que muestra el sumo y verdadero capitán y gracia para

le imitar" (EE 139).

Para llegar a esta vida verdadera, la Bandera de Cristo propone tres escalones:

"el primero de pobreza contra riqueza; el 2º oprobio o menosprecio contra honor mundano; el 3º humildad contra la soberbia" (EE 146).

No cabe duda de que los Ejercicios proponen a todos los que los hacen este camino específico de seguimiento de Cristo. Con todo, siempre someten la opción de la pobreza actual a un discernimiento posterior que se realizará según las reglas que Ignacio propone para las elecciones.

También el pasar oprobios o menosprecios está sometido al discernimiento que haga ver que el pasarlos no va contra el mayor servicio de Dios y que se pueden pasar sin pecado de nadie.

Pobreza y amor a la humillación, por imitar a Cristo, son actitudes comunes a toda vocación cristiana radical, pero, para Ignacio, el discernimiento sobre su realización no puede nunca ser sobreseído.

Estar en la Bandera de Cristo no es una mera opción personal. Como en todo el proceso de los ejercicios, también aquí Ignacio nos recuerda que es un don el "ser recibido debajo de la bandera de Cristo" y por eso pone la intercesión de María para con su Hijo y la del mismo Hijo para con el Padre "para que Él me lo conceda".

Pero ser admitido debajo de la Bandera de Cristo es ser hecho "compañero de Jesús". Esto va a constituir el próximo punto de nuestro estudio.

2.2. "Compañero de Jesús"

Para comprender en toda su amplitud la experiencia religiosa de Ignacio de Loyola, no podemos reducirnos a estudiar los Ejercicios espirituales, sino que debemos analizar también en el proceso de toda su vida aquellos momentos privilegiados en los que aparecen los resultados de aquellos Ejercicios. Uno de estos momentos experienciales privilegiados lo vivió Ignacio cuando, en La Storta, camino de Roma, recibió una iluminación interior profunda que en su Autobiografía (AU) describe así:

"Había determinado, después que fuese sacerdote, estar un año sin decir misa, preparándose y rogando a la Virgen que le quisiese poner con su Hijo. Y estando un día, algunas millas antes de llegar a Roma, en una iglesia, y haciendo oración, sintió tal mutación en su alma y vio tan claramente que Dios Padre le ponía con Cristo su Hijo, que no tendría ánimo para dudar de esto, sino que Dios Padre le ponía con su Hijo" (AU 96).

El P. Laínez, que acompañaba a Ignacio en este viaje, explica con más detalle esta experiencia en una plática que dirigió a los jesuitas de Roma en 1559. En ella les recuerda, en concreto, las palabras que el Padre dice a Jesús:

"quiero que tomes a éste por servidor tuyo."

La ocasión de esta plática fue precisamente defender el nombre de la Compañía de Jesús que era atacado por algunos eclesiásticos de Roma por parecerles que suponía un privilegio indebido el usar el nombre de Jesús. Para responder a los críticos, Laínez recuerda la visión de La Storta como

el momento en que Ignacio quedó confirmado en el nombre de la "compañía" que dentro de unos meses iba a transformarse en la "Compañía de Jesús".

Según esto, ser compañero de Jesús es ser puesto con el Hijo. Y ser puesto con el Hijo, a su vez, es "ser admitido debajo de su bandera". Ambas experiencias son el objeto de las peticiones de Ignacio: una durante los Ejercicios; la otra, cuando se prepara para celebrar su primera misa. Pero en el fondo significan una misma realidad, la comunión con Cristo enviado en misión universal para hacer "redención del género humano".

La Storta, "el ser puesto con el Hijo", significa ser llamado y aceptado a realizar aquello a lo que los ejercicios del Rey y de las Banderas conducen: servir a Jesús en misión universal, desde la pobreza y la humildad.

El P. Polanco, secretario de Ignacio, explicará de forma complementaria la razón del nombre de la Compañía. En 1548 escribe un sumario de la Historia de los primeros compañeros y describe así la elección del nombre de la compañía:

"tratando entre si como se llamarían... comenzaron a pensar qué nombre era más conveniente. Y visto que no tenían cabeza alguna entre si ni otro propósito sino a Jesucristo, a quien sólo deseaban servir, parecióles que tomasen nombre del que tenían por cabeza, llamándose la Compañía de Jesús" (FN I,204).

Aquí, el nombre de "compañía" da un salto. Desde la acepción ordinaria de la época que significa "un grupo de personas", pasa a significar un cuerpo cuya cabeza y corazón es Jesucristo. En unos meses, esta compañía se transformará, gracias al compromiso formal de todos ellos, en un cuerpo estructurado.

Cuando años más tarde, Ignacio delibera sobre la pobreza que deben tener las Iglesias y las casas de la Compañía, escribirá en su Diario Espiritual (DE) unas expresiones que nos ayudan a confirmar la interpretación que estoy dando a la experiencia de La Storta. El 23 de febrero de 1545 Ignacio escribe:

"Al preparar el altar, viniendo en pensamiento Jesús, un moverme a seguirle, pareciéndome internamente, siendo él la cabeza de la Compañía, ser mayor argumento para ir en toda pobreza que todas las otras razones humanas... y pareciéndome ser de la Santísima Trinidad el mostrarse o sentirse de Jesús, *viniendo en memoria cuando el Padre me puso con el Hijo*" (DE 66-67).

Se ha de subrayar en este texto la importancia que Ignacio daba a su opción por Jesús, ya que por el solo hecho de ser Él la *cabeza* de la Compañía, las otras razones contrarias a una pobreza radical dejaban de tener valor. Esto queda definitivamente confirmado con las motivaciones que Ignacio consignó en su "Deliberación sobre la pobreza". Al señalar las ventajas de una u otra opción escribe:

"13. Esta pobreza eligiendo todos diez (nadie discrepante) *tomamos por cabeza al mismo Jesús*, nuestro Criador y Señor, *para ir debajo de su bandera*, para predicar y exhortar que es nuestra profesión".

Es tal vez el texto más completo para mostrar la síntesis de experiencias diversas que se sintetizan en la expresión "compañero de Jesús". Toda persona que ha hecho en profundidad la experiencia de

los Ejercicios espirituales y la quiere vivir es un "compañero de Jesús".

Pero este texto y el que cito a continuación explicitan también con claridad que esta vocación es misionera, es la misma que recibieron los apóstoles cuando Cristo los envió a predicar:

"12. Esta pobreza tomando nuestro común Señor Jesús para sí, mostró la misma a sus apóstoles *enviándoles a predicar*".

3. TERCER PUNTO: SERVIR EN MISIÓN UNIVERSAL PIDE "DISCERNIMIENTO"

La Autobiografía es la narración de la peregrinación constante que fue la vida de Ignacio. Al narrar su camino desde Loyola a Montserrat Ignacio comienza a llamarse el peregrino y desde entonces ya no usará otro apelativo. La vida de Ignacio de Loyola será un continuo peregrinar. Podría decirse que la ida a Jerusalén fue su peregrinación más fácil. Bien definida desde los días de su conversión en la casa familiar de Loyola, estuvo siempre presente en su ánimo y la realizó al cabo de meses. Así la describe:

"Su firme propósito era quedarse en Jerusalén, visitando siempre aquellos santos lugares; y también tenía propósito, ultra desta devoción, de ayudar las ánimas; y para este efecto traía cartas de encomienda para el guardián" (AU 45).

En cambio, al no serle permitido quedarse en Jerusalén, la peregrinación de Ignacio va a necesitar un proceso de discernimiento que le va a durar toda la vida, aunque tenga puntos fuertes y decisivos que marquen etapas diferentes:

"Después que el dicho peregrino entendió que era voluntad de Dios que no estuviese en Jerusalén, siempre vino consigo pensando qué haría, y al final se inclinaba más estudiar algún tiempo para poder ayudar a las ánimas, y se determinaba ir a Barcelona" (AU 50).

De Barcelona a Alcalá; de Alcalá a Salamanca y de aquí a París. Sus estudios fueron también una peregrinación que, como él mismo explica, le exigió también discernimientos y decisiones. En París encuentra Ignacio sus compañeros definitivos. Con ellos, después de que hiciesen los Ejercicios, hizo su proyecto de vida, que la Autobiografía explica de esta forma:

"Ya por este tiempo habían decidido todos lo que tenían que hacer, esto es: ir a Venecia y a Jerusalén y gastar su vida en provecho de las almas; y si no consiguiesen permiso para quedarse en Jerusalén, volver a Roma y presentarse al Vicario de Cristo, para que los emplease en lo que juzgare ser de más gloria de Dios y utilidad de las almas" (AU 85).

La experiencia de Ignacio marcó la de sus compañeros tanto en su decisión de ir a Jerusalén, como en la de señalar una alternativa para el caso de que no pudieran quedarse en ella, como le pasó al mismo Ignacio.

Pero hemos de subrayar la opción fundamental que motiva todo este discernimiento: "gastar su vida en provecho de las almas". Este es el propósito con que acaban sus Ejercicios, una decisión radical de "gastar la vida" en el seguimiento de Cristo. Su primera concreción será Jerusalén,

ciudad universal para todos los cristianos.

La concreción substitutoria más segura será Roma, ya que les ofrece la oportunidad de servir "en misión universal". Porque será precisamente el deseo de estar disponibles a la misión universal lo que les llevará a ponerse a la disposición del Vicario de Cristo para que les envíe por el mundo.

Son varios los documentos fundacionales que expresan cómo Ignacio y sus primeros compañeros desean encontrar un camino seguro para discernir dónde se encuentra "el mayor servicio de Dios y de los prójimos", fórmula en que fijan su objetivo apostólico.

En la Cuaresma de 1539 se reunieron los diez compañeros para deliberar sobre dos puntos fundamentales para su futuro: si habían de formar un cuerpo y si habían de dar obediencia a uno de ellos. El Documento que describe esta Deliberación explica muy bien cuál era la situación del grupo que la inicia:

"Nos dividíamos en diversidad de pareceres y opiniones acerca de nuestro estado, y aunque eran unos y comunes el pensamiento y la voluntad de todos nosotros, a saber, buscar la voluntad de Dios a Él agradable y perfecta, según el fin de nuestra vocación, pero cuanto a los medios más expeditos y provechosos para nosotros y para los prójimos, había pluralidad de pareceres".

Existe una opción fundamental común, "nuestra vocación"; hay un deseo de buscar la voluntad de Dios en la forma como esta vocación ha de ser vivida, pero existe un pluralismo de opiniones, como es lógico entre personas que provienen de nacionalidades diferentes. Por eso, se exigirán desde el principio aquella libertad interior que los Ejercicios piden para entrar a hacer una "buena elección".

En este contexto, la figura del Vicario de Cristo se les aparece como el mejor camino para superar sus diferencias, tanto porque lo toman como representante, "vicario", de Cristo como porque saben que es él quien puede tener, en aquel momento, el conocimiento más amplio de lo que necesita la Iglesia universal.

Pedro Fabro expresa muy bien en una carta de aquel año al Obispo Diego de Gouves, por qué los compañeros escogieron la decisión del Vicario de Cristo como criterio último para su discernimiento apostólico:

"La causa por la cual nos sujetamos a su juicio y voluntad fue el que sabemos que en él se da un mayor conocimiento de lo que conviene al cristianismo universal" (Cartas S. Ignacio I,132).

La síntesis de todos estos elementos queda fijada en las "Constituciones acerca de las misiones", las primeras Constituciones importantes que Ignacio redactó ya en 1545:

"Porque como fuésemos de diversos reinos y provincias no sabiendo en qué regiones andar, o parar entre fieles o infieles, por no errar en el camino del Señor, y por no ser seguros adonde a Dios nuestro Señor más podríamos servir y alabar mediante su divina gracia hicimos la tal promesa y voto para que su santidad hiciese nuestra división o misión a mayor gloria de Dios nuestro Señor conforme a nuestra promesa y intención de discurrir por el mundo."

El texto subraya, primero, el pluralismo de opiniones existente entre ellos. En segundo lugar,

explicita su intención de "discurrir por el mundo" como expresión de su deseo de "servir más" y de buscar la "mayor gloria de Dios nuestro Señor". Con estas características se hizo al Papa la obediencia que pronto se convertirá en voto, para que él hiciera la "misión".

Finalmente, la Bula de Julio III completará teológicamente la motivación del cuarto voto que hace la Compañía al Romano Pontífice, diciendo que se hace para "tener una más segura dirección del Espíritu Santo", movidos "por una mayor devoción a la obediencia de la sede apostólica".

3.1. Criterios para discernir la misión universal

Durante los primeros años de gobierno de Ignacio como superior general de la Compañía de Jesús, fueron tan numerosas las peticiones de los obispos para que algún compañero fuera a ayudarles, que la Compañía tuvo que solicitar del Papa la autorización para que también su Preósito general pudiera enviar a los compañeros en misión.

La petición fue concedida y pronto, con la entrada de nuevos miembros, las misiones se multiplicaron y, al multiplicarse, también se diferenciaron. De aquí que los compañeros acudieran frecuentemente a Ignacio para pedirle consejo y orientación sobre cómo comportarse en su trabajo misionero.

Criterios de discernimiento apostólico aparecen muy a menudo en las cartas que Ignacio dirige a quienes están trabajando en misión, pero la primera síntesis completa de estos criterios es la que presenta la primera redacción completa de las Constituciones, el llamado texto "a", redactado en 1547.

Leyendo la séptima parte de las Constituciones, se puede ver que presenta dos grandes tipos de criterios, unos muy universales y otros más particulares, que atienden tanto a las necesidades concretas de la Iglesia, como a la calidad de las personas a enviar.

Estos criterios están presentados siguiendo los cinco aspectos fundamentales que intervienen, normamente, en la toma de decisión sobre una misión concreta: a dónde se envía; para qué; a quién; en qué modo y para cuánto tiempo.

Podría resumir los criterios más universales en dos frases tomadas de esta parte de las Constituciones que estamos comentando:

"que se haga siempre lo que es mayor servicio divino y bien universal mayor (porque el bien cuanto más universal es más divino)... todo por ser así más servicio divino y más bien de los prójimos."

Por otra parte, como ya he indicado, las Constituciones presentan también una serie de criterios más concretos de discernimiento, porque, como es lógico, con aquellos criterios tan generales es difícil resolver los casos concretos.

Sin embargo, tampoco se trata de dar unos criterios tan minuciosos que impidan a quien está en la misión concreta poder actuar por sí mismo. Por eso, las Constituciones dedicarán un capítulo especial al discernimiento personal del enviado y el título de este capítulo es muy significativo: "Del moverse por sí mismo".

En la determinación de los criterios a tener en cuenta para enviar en misión, Ignacio vuelve a recordar la actitud de la Trinidad en la contemplación de la Encarnación. Para decidir una misión el que envía, ante todo, ha de "mirar el mundo", es decir, ha de mirar dónde está:

"la parte de la viña del Señor que tiene más necesidad" y buscar
"aquellos lugares o personas que son causa que se extienda el bien a muchos otros" o descubrir que siempre existen
"algunas cosas en servicio de Dios más urgentes... más seguras...
más durables y que siempre han de aprovechar... que más fácil y brevemente se concluirán"
o, finalmente,
"la calidad de las personas más idóneas para aprovecharse y conservar el fruto hecho".

Junto a estos criterios de mirada objetiva sobre el mundo, se han de situar aquellos otros que tocan directamente al trabajo de la Compañía. Así podrán ser criterios prioritarios de elección:

"las cosas que especialmente incumben a la Compañía o que se ve que no hay otros que en ellas entiendan."

Pese a todo lo dicho, Ignacio no olvida que la persona concreta, la que "está al pie de la obra", como él mismo escribe muchas veces, es la que tiene más elementos de juicio para poder decidir mejor. Por eso es frase hecha suya, como recuerda Ribadeneira, el escribir o decir: "Vos que estáis al pie de la obra, veréis mejor lo que conviene hacer".

Y consecuentes con estas palabras, las Constituciones recuerdan a menudo que las normas que se dan se deben acomodar a las diferencias de "tiempos, lugares y personas".

3.2. La universalidad de medios

La Deliberación de los primeros compañeros, a consecuencia de la cual se funda la Compañía de Jesús, señala que su vocación es para "discurrir por el mundo". La disponibilidad al seguimiento del Cristo que llama a "conquistar todo el mundo y todos los enemigos" aparece, ante todo, centrada en la disponibilidad para una universalidad geográfica, como ya he indicado más arriba.

La Fórmula del Instituto que los compañeros presentan a Paulo III para su primera aprobación abre también el horizonte a una universalidad de medios, La finalidad apostólica de la nueva orden es tan global, "fundada para la propagación de la fe", que explica por qué los compañeros no quisieron ceñirse a unos medios concretos, es decir, a unas áreas o a unos medios concretos de apostolado. Desde los comienzos de la Compañía, todos los medios apostólicos quedan abiertos al discernimiento de sus miembros.

Cuando a los diez años de su Fundación, Ignacio pide a Julio III una nueva Bula para la confirmación del Instituto de la Compañía, en la nueva Fórmula que presenta a la aprobación del Papa aparece mucho más clara la universalidad de medios que pueden usar los compañeros, fruto de las diversísimas experiencias de misión que han realizado.

La Bula de Julio III, de 1550, expresa la universalidad de ministerios a través de la generalidad de las expresiones que emplea, cuando habla precisamente del fin de la Compañía:

"fundada principalmente para emplearse en la defensa y propagación de la fe y en el provecho de

las almas en la vida y doctrina cristiana, sobre todo por medio de las públicas predicaciones, lecciones y cualquier otro ministerio de la palabra de Dios, de los ejercicios espirituales, de la doctrina cristiana a los niños y gente ruda, y del consuelo espiritual de los fieles, oyendo sus confesiones y administrándoles los otros sacramentos".

A esta universalidad de medios pastorales, se añade otra que corresponde a la misión social de los compañeros: la Compañía ha de estar también disponible:

"a la pacificación de los desavenidos, el socorro de los presos en las cárceles y de los enfermos en los hospitales, y al ejercicio de las demás obras de misericordia, según pareciere conveniente para la gloria de Dios y el bien común".

Con dos fórmulas tan generales como "cualquier otro ministerio de la palabra de Dios" y "el ejercicio de las demás obras de misericordia" se expresa la universalidad de medios que podrán usar los compañeros. Sin embargo siempre estará presente un criterio de discernimiento, para decidir su uso y es "que pareciere conveniente para la gloria de Dios y el bien común".

Sin duda el cambio más importante en el gobierno de Ignacio respecto a los medios que podía usar la Compañía se realiza en 1548, cuando, a petición del Virrey de Sicilia, Juan de Vega, la Compañía funda un Colegio en Mesina.

Aunque en las primeras deliberaciones de los compañeros, en 1541, se había decidido no tener clases, Ignacio ve unas posibilidades apostólicas especiales en los Colegios y acepta que la Compañía los cree y los dirija. Más aún, los va a considerar como una verdadera misión y, así, a partir de este momento, en la correspondencia del General o en la Crónica histórica del P. Polanco se hablará siempre de "enviar un colegio", para significar el sentido misionero y, a la vez, el sentido de cuerpo de los que son enviados para la misma tarea evangelizadora.

3.3. La "Movilidad Jurídica"

La Fundación del Colegio de Mesina, nos lleva a hablar de una exigencia que nace de la vocación al servicio en misión universal: lo que yo llamo en una expresión provocativa "la movilidad jurídica". Porque el derecho pide estabilidad, en cambio la misión universal pide capacidad de cambio.

Esta es la importancia del signo que hizo Ignacio al aceptar el nuevo Colegio de Mesina. Y, porque quiso que todo el mundo lo entendiera así, obtuvo del Papa una audiencia especial para los que iban a ser enviados. En ella, escribe el P. Polanco, Paulo III "bendijo la tal misión".

Con todo, hay que reconocer que la concepción ignaciana de la "movilidad jurídica" es muy anterior a la fundación de Mesina. Se inicia en 1543 cuando, tres años después de la Fundación de la Compañía, Ignacio obtuvo del Papa la concesión de poder cambiar las Constituciones.

En realidad, apenas si existían más que unas breves normas sobre temas concretos, que todavía se pueden leer en las Fuentes documentales de la Compañía. Pero, aún así, Ignacio intuía que una fijación en el derecho, por bueno que fuera, podía poner obstáculos a la disponibilidad universal que él quería para su Orden. Por eso, obtuvo del Papa la autorización para poder cambiar las Constituciones y, con ella, empezó a preparar una segunda Fórmula del Instituto, donde se

corrigen los defectos de la primera, de 1540.

Si el Colegio de Mesina representa un ejemplo muy importante de cambio estructural apostólico, el Diario espiritual que escribió Ignacio entre 1544 y 1545 muestra otro cambio importantísimo en la estructura interna de la Compañía. Con horas de oración y profundo trabajo de discernimiento, Ignacio decide cambiar el régimen jurídico de las iglesias y casas de la Compañía que pasarán de poder tener rentas a no poder tenerlas.

Existen otros muchos ejemplos de esta movilidad jurídica, como son la admisión de los miembros no profesos o no sacerdotes, el establecimiento de residencias fijas, la admisión de Universidades.

Pero, sobre todo, es expresiva la constante revisión y mejora de la redacción de las Constituciones que nos ha llegado en tres textos sucesivos completos: el "texto a" de 1547; el "texto A" de 1550 y el "texto B" de 1556. Además, entre 1547 y 1550 Polanco va recogiendo una serie de dudas sobre lo que se debe determinar o cambiar, tanto en la Bula como en Constituciones.

En 1550, el "texto A", fue presentado a los profesos que se pudieron reunir en Roma, para que hicieran sus enmiendas y observaciones, que consta fueron muy tenidas en cuenta. Ignacio estuvo siempre muy atento a "mirar y escuchar" a los demás, como había aprendido del Dios del Éxodo y había plasmado en la Contemplación de la Encarnación.

4. CUARTO PUNTO: UN CUERPO PARA LA MISIÓN UNIVERSAL

En 1539 los diez primeros compañeros deciden unirse en un solo cuerpo para poder realizar mejor su vocación de servicio en misión universal. "La fuerza unida tiene mayor robustez", dirán. Y pondrán todo este cuerpo, la Compañía, "al servicio de solo el Señor y de su Vicario en la tierra" para que éste les envíe donde crea que se hace mayor servicio al cristianismo universal.

Pero, las misiones del Papa, y más adelante también las del Prepósito general tienden a separar los miembros de la Compañía y por eso, Ignacio, crea Constituciones que den unidad interior y exterior al cuerpo, y, sobre todo, insiste en la necesidad de la "interior ley de la caridad y amor que el Espíritu Santo escribe e imprime en los corazones".

Ignacio supo motivar el esfuerzo constante para mantener la unidad del cuerpo de la Compañía. Lo exige en las Constituciones (Const), porque:

"Quanto es más difícil unirse los miembros desta Congregación con su cabeza y entre si, por ser tan esparcidos en diversas partes del mundo entre fieles e infieles, tanto más se deben buscar las ayudas para ello; pues ni conservarse puede ni regirse ni por consiguiente conseguir el fin que pretende la Compañía a mayor gloria divina, sin estar entre si y con su cabeza unidos los miembros de ella" (Const 655).

El servicio en misión universal a un mundo necesitado de salvación no puede estar "ya" determinada de antemano, sino se debe ir descubriendo con un discernimiento constante. Pero, es todo el cuerpo el que está implicado en la misión. Por lo tanto, si ésta separa, los compañeros han de trabajar por mantenerse unidos. Los medios serán obvios: primero, el amor de Dios; luego, la amistad, la comunicación, la obediencia, la correspondencia...

Seguir la llamada de Cristo en un mismo cuerpo para la misión, puede llevar a estructuras

diferentes, si el Señor llama al Cuerpo de la Compañía de Jesús, orden religiosa, o a la CVX, Comunidad de Vida Cristiana, comunidad laical mundial. Una misma experiencia ignaciana las unirá; unos discernimientos concretos específicos, las diferenciará.

Lo esencial será "mirar el mundo", escuchar la llamada específica de Cristo, discernir la respuesta y ser consecuente para seguirla.

© EIDES - *Cristianisme i Justícia*

Roger de Llúria 13 - 08010 Barcelona (España)

T: 93 317 23 38 - Fax: 93 317 10 94 - espinal@redestb.es

Octubre 1996